

gado sobre sí mismo, es capaz de aplicar con éxito sus principios, sus métodos y su espíritu a las nuevas tareas que la problemática de nuestro tiempo propone a la reflexión de los pensadores cristianos». Todo esto «de conformidad con la enseñanza constante de la Iglesia, de la que Santo Tomás es uno de los más autorizados y eminentes testigos», porque sobresalió en «el servicio fiel de la Palabra de Dios»¹¹.

SEBASTIÁN BARTINA

BALMESIANA

28 de enero de 1977

COMO DEBE SER HOY DIA LA INVESTIGACION
Y LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA
SIGUIENDO LAS DIRECTRICES DE SANTO TOMAS,
SEGUN LA CONSTANTE RECOMENDACION
Y ORDENACION DE LA IGLESIA

I. *Presupuesto fundamental*

No se trata de una disertación sobre este tema, sino de dar dentro de los diez minutos programados, una respuesta a esta pregunta: ¿cómo debe ser hoy día la investigación y la enseñanza de la Filosofía, siguiendo las directrices de Santo Tomás, según la constante recomendación y ordenación de la Iglesia?

Antes de dar una contestación a esta pregunta, es preciso plantearse una dificultad previa, que no se presenta con ocasión de la investigación teológica y bíblica, pero sí en la filosófica.

La dificultad es ésta: la Filosofía, tal como la presenta Santo Tomás y tal como la buscamos nosotros, es aquella disciplina en la cual el por qué, el motivo de asentimiento o afirmación, no será la palabra de Dios que se revela, sino una evidencia racional. Partiendo de experiencias humanas fundamentales (y también de lo que las ciencias afirman basándose en ellas) provoca la evidencia, ya inmediata, ya mediata, de sus tesis o afirmaciones. Por consiguiente, si la Filosofía es una disciplina eminentemente racional, ¿cómo puede en ella intervenir un factor de autoridad como es la directiva de Santo Tomás o la recomendación de la Iglesia?

(11) Pablo VI, *VI Congreso Tomístico Internacional*, 10 de septiembre de 1965, AAS 57 (1965) 791-792. Aquí mismo dice Pablo VI: "Continuamos recomendando la obra de Santo Tomás como una norma segura para la enseñanza sagrada" p. 791. Cf. *Espíritu* 14 (1965) 153-156.

La respuesta es breve y sencilla: hay dos clases de influjos: uno de ellos destruiría lo que por sí misma es y debe ser la Filosofía; el otro no lo destruye. Para entendernos, llamemos al primer influjo, «intrínseco» y al segundo llamémoslo «extrínseco».

Para comprender la diferencia entre estas dos clases de influjos, lo mejor es poner un ejemplo concreto. Supongamos que un niño va a estudiar matemáticas y que en la clase ha de demostrar cuál es el área del triángulo. Para dar esta demostración recibe dos influjos: uno consiste en ver intrínsecamente *el por qué*, la razón de lo que será su afirmación: «el área del triángulo será la mitad de la base por la altura porque el triángulo es la mitad de un cuadrilátero, cuya área es la base por la altura». Este influjo es el que hemos llamado intrínseco, el que da la razón de la demostración en el propio nivel de aquella ciencia. Solemos decirlo con esta frase: en virtud de su propio objeto formal. El otro influjo que recibe el niño es la ayuda de la autoridad de su maestro, a quien aprecia mucho. A causa de que el maestro le ha hecho poner atención; a causa también de otros muchos influjos semejantes, el niño ha llegado a ver aquel por qué y a dar la anterior demostración, cuando ha dicho que el área del triángulo es la mitad de la base por la altura. Ahora bien esta segunda clase de influjos, que hemos llamado extrínsecos, no bastan para constituir una ciencia según su nivel propio; no sirven para dar el por qué, pero le son una ayuda de orden *psicológico*. El niño no puede decir, para ser matemático o para hacer labor matemática: «el área del triángulo es la mitad de la base por la altura, *porque me lo ha dicho el maestro*». Esto no vale; destruiría la ciencia matemática. En cambio, el niño puede decir: «el área del triángulo es tal, *porque hay tal razón* que yo veo y demuestro: pero *he llegado a verlo y demostrarlo* porque el maestro me ha ayudado con sus explicaciones». Esto sí, puede decirlo, sin que destruya en nada el valor propio de las matemáticas.

Ahora bien, estos influjos extrínsecos, que de suyo no quitan a las ciencias su propia especificidad, ¿cuándo serán buenos y cuándo serán malos?

Serán malos cuando impidan el ejercicio de la evidencia propia; cuando subrepticamente pasen desde un papel extrínseco que les corresponde, a un papel intrínseco, como sería por ejemplo el afán de gloria, de «ver su nombre escrito con letras cósmicas en el mundo de las ideas» como decía Nietzsche en el prólogo de su *Gaya ciencia*. Pero serán buenos cuando no sólo no impidan el ejercicio de la evidencia propia en busca de la verdad, sino que por el contrario espoleen el ansia de verdad. Los que llamaba Bacon de Verulamio los «*idola fori*», «*idola tribus*», etc., a veces serán ídolos, pero otras veces serán «*iter*», las sendas, no las sendas de los carboneros, *perdidas* en el bosque y que *pierden*, los *Holzwege* de Heidegger, sino las ayudas, de que habla el mismo Santo Tomás

cuando se refiere al modo de alcanzar la verdad: «necessarius est auditus, secundum quod accipit ex voce loquentis», «es necesario oír, según lo que recibe por la palabra del que le habla»¹.

Más aún: no solamente pueden ser buenos estos influjos extrínsecos, sino que es imposible que haya ningún filósofo que pueda librarse totalmente de ellos. Por la razón de que antes que filósofo es hombre; y como hombre, tanto si lo advierte, como si no, ha recibido una educación, una cultura, una lengua, una serie de hábitos mentales que influyen en su ciencia, como la pizarra y la tiza influyen ayudando al geómetra en su demostración.

Aquella posición de Heidegger cuando hablaba de una Filosofía sin presupuestos, para que no sea «candorosa», «naïve», me parece lo más candoroso que puede haber; porque si quiere hacer una filosofía sin ningún presupuesto, por lo menos la hará con el presupuesto de no tener ningún presupuesto: lo cual ya es un presupuesto. Estos influjos podríamos llamarlos «los apriori materiales», que se requieren para hallar bien los «formales», que es lo que nos hace notar tan bien Jaime Balmes con la exposición de las tres fuentes primarias del filósofo, cuando habla en el libro primero de la *Filosofía fundamental*.

Pues bien, el influjo que sobre el filósofo cristiano ejercerá por un lado su fe y por otro el magisterio de la Iglesia, no será más que «uno» de estos influjos extrínsecos, que será bueno para su ciencia, precisamente en cuanto le sostenga en el afán de búsqueda y de verdad, como influjo de orden psicológico o sea extrínseco.

II. Aseveración constante e ininterrumpida

Es tan abundante el conjunto de documentos con que la Iglesia ha recomendado el Magisterio de Santo Tomás, que sólo citaré aquí algunos de estos documentos más fundamentales y de este siglo, para pasar después a aplicaciones concretas.

Ante todo, el mismo Código de Derecho Canónico en dos cánones distintos menciona a Santo Tomás cuando ordena que los religiosos destinados al sacerdocio estudien la Filosofía y la Teología «doctrinae D. Thomae inhaerentes»²; y de un modo todavía más general cuando habla del magisterio eclesiástico a propósito de los estudios en los Seminarios: «Los Profesores traten los estudios de Filosofía racional y de Teología y la enseñanza de los alumnos en

(1) *Summa*, II-IIae., q. 180, a.3, ad 3.

(2) C.I.C., c. 589, § 1.

estas disciplinas, enteramente según la manera, doctrina y principios del Angélico Doctor y manténganlos cuidadosamente»³.

En el trecho que va desde 1918, fecha de la publicación del Código de Derecho Canónico, hasta el Concilio Vaticano II, descuelan de modo especial la famosa Encíclica *Studiorum Ducem* de Pío XI en 1923⁴ y la *Humani Generis* de Pío XII en 1950.

En ésta dice Pío XII: «Considerando bien todo lo expuesto, fácilmente se comprenderá por qué la Iglesia exige que los futuros sacerdotes sean instruidos en las disciplinas filosóficas según el método, la doctrina y los principios del Doctor Angélico; pues por la experiencia de muchos siglos sabemos ya bien que el método del Aquinatense se distingue por una singular excelencia, tanto para formar a los alumnos como para investigar la verdad, y que, además su doctrina está en armonía con la divina revelación y es muy eficaz así para salvaguardar los fundamentos de la fe como para recoger útil y seguramente los frutos de un sano progreso»⁵.

Por esto es obvio que el Concilio Vaticano II en su decreto *Optatam totius*, al hablar de la revisión de los estudios eclesiásticos adujese expresamente las palabras de Pío XII sobre los estudios filosóficos que han de hacerlos «innixi patrimonio traditionis perenniter valido»⁶ y cita como fuente precisamente la Encíclica mencionada de Pío XII.

Las declaraciones de Pablo VI han sido frecuentes. La única que aquí recordaremos será el discurso que pronunció en 1974 con ocasión del gran Congreso Internacional con que se celebró el VII Centenario de Santo Tomás de Aquino. En este discurso decía que no se trata de un simple recuerdo de ultratumba, cuando se habla de Santo Tomás, sino que «quella voce dell'incomparabile figlio di S. Domenico parla ancora ai nostri spiriti, come quella d'un maestro vivente»⁷; «aquella voz del incomparable hijo de Santo Domingo, todavía habla hoy a nuestros espíritus, como la de un maestro viviente».

Recordemos de un modo especial los temores que ahí expresó: «Tememos una carencia de filosofía, auténtica e idónea para sos-

(3) C.I.C., c. 1366, § 2: "Philosophiae rationalis ac theologiae studia et alumnorum in his disciplinis institutionem professores omnino pertractent ad Angelici Doctoris rationem, doctrinam et principia, eaque sancte teneant".

(4) A.A.S. 15 (1923) 309-329.

(5) A.A.S. 42 (1950) 573.

(6) VAT. II, *Optatam totius*, n.15; Pío XII en la *Humani Generis* se expresaba con diversas fórmulas semejantes, por ejemplo con ésta: "patrimonium iamdudum exstat a superioribus christianis aetatibus traditum" (A.A.S. 42 (1950) 571).

(7) *Os. Rom.* 22-23 aprile 1934, col. 2.

tener hoy día el pensamiento humano, ya sea en el esfuerzo científico coherente y progresivo, ya sea especialmente en la formación de la mente para la percepción de la verdad en cuanto tal»⁸. Y terminaba Pablo VI con estas palabras: «La escuela de Santo Tomás nos puede ser una propedéutica elemental, pero providencial, de aquel alpinismo intelectual, ya sea filosófico, ya sea teológico, que exige, sí, el respeto a las leyes del pensamiento, tanto en el análisis como en la síntesis, tanto en la investigación inductiva, como en la conclusión deductiva, indispensable para conquistar las cumbres de la verdad, y para ahorrar a la mente humana la vana experiencia de ilusorias y con frecuencia frágiles construcciones»⁹. No solamente, pues, para la enseñanza, sino también para la investigación, como había repetido Pío XII hablando de los estudios¹⁰.

III. Resultados de estas directivas

Para contestar al interrogante que al principio nos hemos planteado no basta con mostrar mediante la cita de estos textos, que efectivamente la Iglesia nos recomienda constantemente que sigamos las directivas perennes y fundamentales de Santo Tomás. Ahora habría que descender desde esta recomendación suprema, a las consecuencias prácticas y mostrar cuáles son de un modo concreto las directivas que toman los sistemas coherentes con el aquinatense, y cuáles las que no lo son.

En esta cuestión que ya es una aplicación particular de lo dicho anteriormente, a fin de evitar la acusación de haber interpretado de un modo personal aquella recomendación fundamental será mejor que tomemos como base un documento oficial reciente en que la misma Congregación para la Enseñanza nos diga cuáles son las características de las distintas filosofías que se apartan de la Filosofía o que la integran.

Para ello echo mano del documento que el 20 de enero de 1972 envió la Congregación de la Enseñanza, por medio de su Cardenal Prefecto, a los obispos de todo el mundo, sobre la enseñanza de la Filosofía¹¹.

(8) *Ibid.*, col. 3.

(9) *Ibid.*, col. 4.

(10) Pius XII, *Ad PP. Capituli Ord. Fr. Praed.* (22-IX-1946), A.A.S. 38 (1946) 385-389: "Cuius sive in tironibus erudiendis, sive in absconditorum verorum investigationibus porro ducendis, singularis est auctoritas" (p. 387).

(11) El texto original que yo utilizo está en italiano. Pero se publicó una traducción española de este documento en *Ecclesia*, n. 1585, de 25 de marzo de 1972.

En este documento se hace notar ante todo, la situación de dificultad en que se encuentra hoy día quien quiera avanzar coherentemente en el sentido de la Filosofía secular de la tradición cristiana.

Esta dificultad proviene en primer lugar del espíritu tecnológico, que fácilmente imagina que puede reducir el conocimiento al nivel de las ciencias positivas: «En este clima —dice— la búsqueda de las verdades supremas es con frecuencia despreciada y los criterios de la verdad ya no son los firmes e indiscutibles principios metafísicos, sino la actualidad del éxito; es por tanto fácilmente comprensible que el espíritu de nuestros tiempos se manifieste cada vez más como antimetafísico y por tanto abierto a toda clase de relativismo».

En segundo lugar viene la oposición de parte de los mismos teólogos, algunos de los cuales, sin duda desanimados al ver a qué pobres resultados llevan algunos sistemas filosóficos muy en boga en nuestros días, dicen que habría que eliminar lo que ellos llaman «la introducción de la especulación griega en las ciencias sagradas» y entonces reducen el método teológico al método histórico, «con el cual abordarían el hecho de la revelación».

En tercer lugar la dificultad viene del mismo campo de la Filosofía, porque con frecuencia muchos la reducen a un tecnicismo muy especializado, que no conduce a nada, o a muy poca cosa.

El Cardenal Garrone contesta con detenimiento a cada uno de estos tres frentes de oposición. No voy ahora a exponer sus palabras, para no alargar esta exposición. Nos será útil recoger la ordenación que como resumen da al final.

Con claridad enuncia este principio: «la naturaleza de la revelación hebraico-cristiana es absolutamente incompatible con cualquier relativismo epistemológico, moral o metafísico, con cualquier materialismo, panteísmo, inmanentismo, subjetivismo y ateísmo».

Esta afirmación que parece obvia, es muy interesante, porque no pocas veces hemos oído hablar según unos planteamientos radicalmente equivocados. Decían algunos: así como Santo Tomás en su siglo supo asimilar la filosofía de Aristóteles, lo mismo que San Agustín asimiló la de Platón, ¿por qué no podríamos hoy día incorporar al pensamiento cristiano tal filosofía idealista o tal otra materialista o tal otra relativista? La respuesta está bien clara: porque tanto la filosofía de Aristóteles, como la de Platón son fundamentalmente *teocéntricas*: lo divino es el centro de todo; nuestro pensamiento nos lleva allá, porque de allí procede todo movimiento y allá tiende: «omnia intendunt assimilari Deo», «todo está soñando con asemejarse a Dios». Por tanto estas filosofías podrán corregirse en puntos particulares; podrán perfeccionarse y ampliarse en otros; y así podrán integrarse dentro de la grandiosa y coherente síntesis

filosófico-teológica cristiana, como hace Santo Tomás. Pero de una filosofía que es fundamentalmente *antropocéntrica*, que hace del hombre, y del nivel humano, la norma de la realidad y de la verdad, ¿cómo puede pensarse que sea compatible con la Revelación Divina, que por el contrario radica toda ella en la manifestación del Ser transcendente que habla para salvar la misma inmanencia en que lo capta el pobre hombre?

Copiemos literalmente los tres párrafos con que compendia el Cardenal Prefecto de la Congregación de la Enseñanza, sus conclusiones:

a) «Que el conocimiento humano es capaz de alcanzar en las realidades contingentes verdades objetivas y necesarias; capaz de llegar así a un *realismo crítico*, punto de partida de la *ontología*.

b) »Que es posible construir una ontología realística, que haga ver los valores transcendentales y termine en la afirmación de un *Absoluto personal y creador del universo*.

c) »Que es igualmente posible una *antropología* que salvaguarde la auténtica espiritualidad del hombre; que conduzca a una *ética teocéntrica* y que trasciende la vida humana; al mismo tiempo abierta a la dimensión *social* del hombre.»

Este es el «núcleo fundamental de verdades —dice— que excluye todo relativismo historicístico y todo inmanentismo materialístico o idealístico»; este es el camino de la investigación y de la enseñanza que están a la vez anclados en el patrimonio de siglos («innixi patrimonio philosophico perenniter valido», en frase del Vaticano II) y a la vez «abierto para acoger las riquezas que el pensamiento moderno sigue aportando» («ratione habita quoque philosophicarum investigationum progredientis aetatis», palabras del mismo Concilio).

Precisamente por esto hace notar a continuación qué relieve tienen las directivas supremas de Santo Tomás. Lo dice con estas palabras: «En este sentido están plenamente justificadas y permanecen siempre válidas las repetidas recomendaciones de la Iglesia acerca de la filosofía de Santo Tomás, en la cual aquellos primeros principios de verdad natural son enunciados neta y orgánicamente y armonizados con la relevación; en la cual [filosofía] también está encerrado aquel dinamismo renovador que, como atestiguan sus biógrafos, caracterizaba la enseñanza de Santo Tomás y debe también hoy caracterizar la enseñanza de cuantos quieren seguir sus pisadas, en una síntesis continua y renovada de las conclusiones válidas recibidas de la tradición, junto con las nuevas conquistas del pensamiento humano».

Por esto ya en 1953 Pío XII con ocasión del centenario de la Pontificia Universidad gregoriana, decía que el profesor «bene cordatus» sabe distinguir en los escritos de Santo Tomás y en las interpretaciones que se dan de ellos, entre aquello que es el patrimonio cierto, fundamental, perenne por un lado y por otro, todo lo que está en la zona de lo problemático, accesorio, fluctuante. ¿No hemos visto, por ejemplo, con ocasión de los grandes estudios de Lógica matemática o Lógica simbólica, que mientras otros sistemas quedaban descalificados, los aristotélico-tomistas eran radicalmente confirmados, aunque en ciertos aspectos pudiesen ampliárseles indefinidamente con ciertas zonas de nueva investigación y estudio?

Tanto es esto así, que por lo que a mí toca, después de treinta y cinco años dedicados a la investigación de la Metafísica y a su enseñanza, me atrevo a decir: el más temible adversario que tiene la Metafísica de Tomás de Aquino está en aquellos que hablan sin haberla comprendido nunca, o sin haberla estudiado nunca a fondo.

Estudiándola a fondo y con afán de verdad, no sólo brota de ella la luz sino también el amor.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.